

## ASPECTOS DE LA DESHUMANIZACIÓN DEL CUERPO HUMANO EN LOS «SUEÑOS»

Susana G. ARTAL

Instituto de Filología Amado Alonso  
Universidad de Buenos Aires

La representación del cuerpo humano y sus funciones constituye un motivo recurrente en la sátira de Quevedo. Los lineamientos compositivos que lo estructuran (fragmentación, desmembramiento, hiperbolización, transformismo) confluyen en un efecto de conjunto: la deshumanización de la *physis* humana. En la conformación de esta visión de lo corporal, cobra especial importancia el sistema de las imágenes en las que el cuerpo humano o una de sus partes (que llamaremos A) se asocia con un elemento no humano (que denominaremos B). Así definido, el conjunto abarca tanto las animalizaciones (imágenes en las que B es un animal) como las cosificaciones (imágenes en las que B es un objeto).

El propósito de mi trabajo es analizar, en los *Sueños*, algunos de los procedimientos constructivos implícitos en la formulación de esas imágenes que llamaré, en general, deshumanizantes. La diversidad y complejidad del sistema me han llevado a restringir el alcance de este artículo al estudio de un grupo particular de imágenes deshumanizantes: aquellas en las que el término no humano de la relación no es explícitamente mencionado sino que se lo alude y funciona —por así decirlo— *in absentia*.

### 1. *Imágenes deshumanizantes sin mención explícita del elemento B*

El mecanismo resulta claro si comparamos los siguientes ejemplos:

1) «... si uno va a negocios y topa zurdos, se vuelve como si topara un cuervo o oyera una lechuza» (SI, 132)<sup>1</sup>

2) Don Diego de Noche declara ser «refitorio y bodegón de piojos» (SM, 236).

3) «Hay bufones desgranados y bufones en racimos» (SI, 119).

4) Camino al Infierno, los escribanos «dejan de andar y vuelan con plumas» (SI, 138-139).

En las dos primeras imágenes tanto el término humano como el no humano (*cuervo*, *lechuza/refitorio*, *bodegón*) están incluidos explícitamente. En los ejemplos tres y cuatro, en cambio, sólo se menciona el elemento A (*bufones*, *escribanos*), mientras que el término B está ausente.

La alusión a B puede ser en estos casos más o menos unívoca. En la primera de las cinco secuencias centrales del *Mundo por de dentro*, al describir el entierro, Quevedo menciona a los clérigos que pasan «galopeando los responsos» (MPD, 169). El hidalgo hambriento del *Sueño de la Muerte*, se presenta como «el *malcosido* y peor sustentado don Diego de Noche» (SM, 226). En el primer ejemplo, el elemento no humano *caballo* está perfectamente determinado por el uso del verbo *galoppear*. En el segundo, si bien el modificador *malcosido* no implica una referencia absolutamente unívoca, alude sin duda a una clase muy particular de objetos: la de los vestidos, que tanto importan en la definición del personaje.

En otros casos, el elemento B está aun menos definido, se relaciona con A una característica propia de varios objetos,

<sup>1</sup> Las citas de los *Sueños* corresponden a la edición de Felipe Maldonado, Madrid, Castalia, 1972. He empleado las siguientes siglas para referirme a cada uno de los *Sueños*:

SJF: Sueño del juicio final.

AE: Alguacil endemoniado.

SI: Sueño del Infierno.

MPD: Mundo por de dentro.

SM: Sueño de la Muerte.

que son difícilmente englobables en una clase particular. En sintagmas como «portugueses derretidos» (SM, 200) o imágenes como la de los sacamuelas del *Sueño de la Muerte* que solo sirven para despoblar o desempedrar bocas, la alusión no determina un objeto B en particular. Muchos objetos pueden compartir la característica de poder derretirse, ser despoblados o desempedrados, pero, indudablemente, no se trata de cualidades propias ni de los portugueses ni de las bocas.

En los textos analizados, hemos encontrado tres procedimientos para referirse a un término no humano B *in absentia*. En primer lugar, esto puede lograrse vinculando el elemento humano (A) con un sintagma verbal asociado a B. En segundo lugar, atribuyendo a A modificadores relacionados con B. Por último, el mismo efecto se produce en construcciones en las que A modifica a un núcleo sintagmático vinculado a B. A continuación, trataremos de estudiar cada uno de estos subgrupos.

### 1.1. A + sintagma verbal asociado a B

El mecanismo interno de estas imágenes podría sintetizarse diciendo que, al atribuirse a A una acción propia de B, aunque B no esté mencionado, se establece una relación entre A y B.

Es frecuente que Quevedo emplee verbos que, en sentido propio, designan acciones de los animales pero que se usan con valor metafórico para referirse a actos humanos. Pese a que estas palabras están incorporadas al lenguaje como referidas al hombre, la insistencia en el uso de las mismas denota por parte del autor una elección consciente cuya orientación es siempre deshumanizante<sup>2</sup>. Esto sucede con verbos como *gruñir*, *bufar* o la expresión *dar una gatada* por robar.

<sup>2</sup> Algo similar se produce con la reiteración de sustantivos como *gaznate*, *buche*, *garras*, *presas*, *hocicos*.

En este tipo de imágenes, la alusión a B puede depender exclusivamente del verbo como ocurre en estos ejemplos:

«[...] se fue componiendo un brazo y un muslo y una pierna, y, al fin, se zurció y enderezó un hombre entero» (SM, 206). Don Enrique de Villena «empezaba ya a *desmigajarse*» (SM, 208).

Pero a menudo, el elemento asociado al término no humano es un modificador del verbo, motivo por el cual, al esquematizar este subgrupo, preferimos hablar de sintagma verbal. Consideremos los siguientes ejemplos:

«Pregunté [a Beza] no sé qué de lengua griega, y tal estaba la suya, que no pudo *responderme sino con bramidos*» (SI, 155).

Una mujer llega «corriendo como una loca, *diciendo: - Pío, pío*» (SM, 232).

Los clérigos «galopeando los responsos, *cantaban de portante*» (MPD, 169).

En los dos primeros casos, resultaba evidente que expresiones como *responder con bramidos* y *decir pío, pío* eran absolutamente equivalentes a verbos como *bramar* y *piar*. En cuanto al tercero, la originalidad del sintagma *cantar de portante* hace imposible pensar en un verbo equivalente. En este ejemplo, el modificador sorpresivo del verbo cantar es el elemento que une el término humano (clérigos) y el animal (caballo).

Con respecto al valor animalizante de ese modificador, si bien el significado dado por el *Diccionario de Autoridades* («la marcha o paso apresurado. Dicese regularmente de las caballerías») no implica restringir en forma absoluta el uso de esa palabra referida a un ser humano, su empleo en el contexto deja claro el valor animalizante. Observemos la inserción del ejemplo:

Pasó esta *recua* incensando con las campanillas. Seguían los muchachos de la doctrina, *meninos* de la muerte y lacayue-

los del ataúd, gritando su letanía; luego las Ordenes y tras ellos los clérigos que, *galopeando* los responsos, cantaban de portante, abreviando, porque no se derritieran las velas y tener tiempo para sumir a otro. (MPD, 168-169).

El conjunto del fragmento abunda en expresiones relacionadas con elementos animales (*recua*, *galoppear*, *portante*, *meninos*)<sup>3</sup> que crean la atmósfera en la que se inserta perfectamente el sintagma *cantar de portante*. Por otra parte, el sentido de «marcha apresurada» más arriba apuntado no es suficiente para comprender la imagen. Quevedo mismo aclara la expresión mediante la palabra *abreviando*. *Cantar de portante* significa cantar apresuradamente y salteando (abreviando) partes. La idea del salto sella la relación entre el canto de los clérigos y el paso apresurado de los caballos.

Un mecanismo similar opera en la descripción de los diferentes tipos de habladores en el *Sueño de la Muerte*. En ese pasaje, el verbo *hablar* recibe un conjunto de modificadores vinculados con el campo semántico de los líquidos, según un esquema que, como señaló Alarcos García<sup>4</sup>, parece generarse en la parodia de ciertas frases hechas en la lengua. Observemos el texto:

Los primeros eran habladores. Parecían *azudas* en conversación, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban *de hilván*, otros *a borbotones*, otros *a chorreteadas*, otros, habladorísimos, hablan *a cántaros*. Gente que parece que lleva pujo de decir necedades [...]. Estos me dijeron que eran habladores *diluvios*, sin *escampar* de día ni de noche; gente que habla entre sueños y que madruga a hablar. Había habladores secos y habladores que llaman *del río*, o *del rocío* y *de la espuma*; gente que *graniza* de perdigones. (SM, 192-193).

<sup>3</sup> Menino es «el caballerizo que entraba en Palacio a servir a la reina o los príncipes» (*Autoridades*).

<sup>4</sup> Emilio Alarcos García, «Quevedo y la parodia idiomática», *Archivum*, V, Oviedo, 1955, 133.

Pese a que el verbo *hablar* no pertenece al campo semántico de los líquidos, al integrarse en los sintagmas *hablar a cántaros*, *hablar a borbotones* y *hablar a chorreteadas*, se asimila a lo que Lía Schwartz denomina 'predicado líquido', con un sentido afín al de *derramar palabras*<sup>5</sup>. Así, el efecto deshumanizante de estas imágenes no reside en el verbo sino en el conjunto de los sintagmas verbales. Es importante señalar que estas imágenes, tomadas en forma aislada, no producen estrictamente un efecto deshumanizante de la figura humana, ya que son las palabras y no los habladores el término que se vincula con el agua. Pero integradas en el conjunto del pasaje citado, la situación cambia. El hecho de que las palabras broten como líquidos convierte a quienes las emiten en diluvios que no escampan, granizan, etc.

Es interesante observar que el conjunto de la descripción parece sustentarse en una lógica interna. Una primera comparación (habladores-azudas en conversación) se presenta como fundamento de las restantes asociaciones. Las azudas, máquinas para sacar agua de los ríos que se emplean para riego, son extremadamente ruidosas. *Autoridades* apunta un dato curioso que subraya esa característica: «Viene del árabe *zud*, que significa regadera, si bien algunos quieren tomase el nombre del mismo ruido desapacible y extraño que hace al moverse». Como podemos ver la vinculación habladores-azudas surge del ruido que ambos producen, idea que Quevedo reitera y explicita en la comparación que sigue con órganos destemplados. Pero, hecha esta asociación, parece lícito derivar de ella una segunda idea: si los habladores son azudas por el ruido que producen y las azudas sirven para extraer agua, lo que se «saca» de los habladores es asimilable al agua. Efectuado este paso, es posible la asociación habladores-diluvios y la atribución de acciones como *no escampar* o *granizar* a sujetos humanos.

<sup>5</sup> Lía Schwartz Lerner, *Metáfora y sátira en la obra de Quevedo*, Madrid, Taurus, 1983, 171-2.

## 1.2. A + modificador asociado a B

En estas imágenes, el efecto deshumanizante se produce al atribuirle al elemento humano una característica o cualidad propia de un término no humano. Este modificador puede ser un adjetivo, como ocurre en los sintagmas *damas alcorzadas* (SJF, 84), *caballeros chirles* (SM, 228) o una construcción de preposición más término como *gaznate de rapiña* (SM, 226), *lenguas de portante* (SM, 239).

Algunas de estas imágenes presentan una construcción muy curiosa en la que se combinan dos procedimientos diversos. Observemos los siguientes ejemplos:

Los salteadores son «sastres silvestres y monteses como gatos del campo» (SJF, 75).

Los poyatas de la cámara de Lucifer están llenas de «doncellas penadas como tazas» (SI, 158).

Por un lado, existe en estos casos una relación semejante a la señalada para el sintagma *gaznate de rapiña*. Un elemento A (*sastres, doncellas*) aparece acompañado por modificadores (*silvestres y monteses, penadas*) que se vinculan con un elemento B. Pero, lo particular en los ejemplos que estamos considerando es que la asociación de A con su modificador resulta tan sorpresiva como, por el contrario, parece natural la vinculación de ese modificador con el elemento B.

Por otro lado, encontramos una segunda asociación *sastres-gatos del campo, doncellas-tazas*. Esta segunda relación no responde al tipo de imágenes que estamos analizando en este artículo, ya que el término no humano está, en este caso, explícitamente mencionado. Se trata de un símil sencillo: A como B.

Lo que resulta especialmente interesante es la interdependencia de ambas relaciones: cada una de ellas parece apoyarse sobre la otra. La primera asociación da pie a la segunda justificándola: porque los sastres son silvestres y monteses es lícito



vincularlos con gatos del campo, porque las doncellas son (o están) penadas es posible compararlas con tazas<sup>6</sup>.

Por su parte, la segunda relación también apoya a la primera. Esto porque el elemento B de esa segunda asociación (*gatos del campo, tazas*) suele recibir como modificadores los que en estos ejemplos recibe el elemento A. Se establece así una relación transitiva: si A está asociado con un modificador (M) y B está vinculado con M, entonces A y B están asociados. Esto podría graficarse del siguiente modo:

A	M	B
sastres doncellas	silvestres y monteses penadas	gatos de campo tazas

Lo que me lleva a considerar dos relaciones y no una sola es el hecho de que, aunque cada una de las asociaciones potencia a la otra (podría decirse que actúan solidariamente), cada una de ellas tiene la posibilidad de existir independientemente. Así, es factible imaginar los sintagmas independientemente. Así, es factible imaginar los sintagmas *sastres silvestres y monteses*, *doncellas penadas* por un lado y *sastres como gatos de campo*, *doncellas como tazas*, por otro.

### 1.3. A modifica a un núcleo sintagmático asociado a B

Lo que caracteriza a este subgrupo es el hecho de que el elemento asociado con el término no humano actúa como

<sup>6</sup> Acerca de este pasaje, ver: Maldonado, Felipe, «Las 'vírgenes hocicadas' (Nuevas apostillas a un pasaje de Quevedo)», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LII, 1976, 173-185; Spitzer, Leo, «Un passage de Quevedo», *Revista de Filología Española*, XXIV, 1937, 223-225; Mas, Amédé, «Appendices» a su edición de *Las zahúrdas de Plutón* (El Sueño del Infierno), édition critique et synoptique, Poitiers, 1955, 104-109. Soy culpable de haber añadido a estos trabajos un artículo más: «Quevedo y las doncellas de Lucifer: nuevo intento de apertura de un pasaje penado», *Hispanic Review* (en prensa).



núcleo de un sintagma. El término humano, a su vez, se desempeña como modificador de ese núcleo. Consideremos los siguientes ejemplos:

Los reyes no llegan solos al infierno sino «con pinta de dos o tres privados» (AE, 98).

La llegada de los sastres al infierno es descrita del siguiente modo: «Hizo otro vómito de sastres el mundo» (SI, 115).

Uno de los diablos explica que había sido «recuerdo de sastres» (SI, 115).

En el camino al infierno el autor ve «una gran parva de casados» (SI, 113).

La mujer hermosa descubre «un tarazón de mejilla» (MPD, 178).

Los pícaros, vestidos de varios colores, hacían «una taraca de mullidores» (MPD, 168).

Un hombre viejo tiene «una gran haz de barbas» (SM, 216).

Quintañona advierte acerca de las calamidades que produce la «conjunción de dueñas» (SM, 225).

En todos estos casos existe un término humano (*privados, sastres, casados, mejilla, mullidores, barbas y dueñas*) que actúa como modificador de un núcleo sintagmático (*pinta, vómito, recuerdo, parva, tarazón, taracea, haz, conjunción*). Estos núcleos no constituyen el elemento B de la imagen, pero aluden a términos no humanos con los que están vinculados (respectivamente: naipes, materia no digerida, animales de carga, mies, pescado, madera, vegetales, astros).

El núcleo sintagmático actúa como un puente que vincula el elemento A con un elemento B *in absentia*. La relación entre los tres elementos es transitiva: si A está relacionado con un núcleo (N) y N lo está con B, entonces A se asocia con B. El procedimiento podría graficarse del siguiente modo:

A	N	B
privados	pintas <sup>7</sup>	naipes
sastres	vómito	materia no digerida
sastres	recuero <sup>8</sup>	animales de carga
casados	parva	mies
mejilla	tarazón <sup>9</sup>	pescado
mullidores	taracea	materiales diversos (madera)
barbas	haz	vegetales (leña, trigo)
dueñas	conjunción	astros

Frecuentemente, el núcleo sintagmático de estas imágenes es un sustantivo colectivo vinculado con animales, como ocurre en estos ejemplos: *lechigada de taberneros* (SI, 109), *bandada de hasta cien mil* (poetas) (SI, 140).

Aunque en general los núcleos sintagmáticos son sustantivos, el mismo mecanismo se da con otros tipos de núcleos, como en el caso de las bocas «emboscadas en barbas» (SM, 188), sintagma que se reitera casi idéntico en el *Discurso de todos los diablos*<sup>10</sup>.

Las imágenes deshumanizantes —a cuyo estudio hemos tratado de aproximarnos— no sólo se destacan, en el discurso satírico de Quevedo, por su frecuencia y diversidad. Lejos de constituir un rasgo estilístico aislado, las animalizaciones y cosificaciones se integran como uno de los recursos mediante los cuales el autor articula una representación de lo corporal en la que se cifran todo su horror y su fascinación ante la vida como

<sup>7</sup> La palabra *pinta* significa «señal que tienen los naipes en sus extremos por donde se conoce, antes de descubrirlos, de qué palo son». A su vez es una expresión del juego de cartas llamado *pintas*, una breve explicación del cual se puede consultar en *Autoridades*.

<sup>8</sup> Recuero es «el arriero o aquel a cuyo cargo está la recua» (*Autoridades*).

<sup>9</sup> Según *Autoridades*, tarazón es «el trozo que se parte o corta de alguna cosa. Comúnmente se entiende de pescado».

<sup>10</sup> En *DTD* se menciona a bribones que llevan la cara «emboscada en su barba» (373).

fenómeno densamente material. Su repulsa por esa realidad tan burda como cautivante se plasmó en un sistema de imágenes cuya potencia raras veces ha podido emularse. Nadie como don Francisco para hacer caber en un sintagma la vergüenza de tener un cuerpo y estar vivo.

